



*Sólo quien ha estado inmerso en la atmósfera del salón de billar puede comprender esa magia que hechiza a mirones y jugadores, no importa si ganan o pierden, si son billaristas consumados o aprendices, si se inclinan por el pool o la carambola. Los chasquidos de las bolas chocando en mesas vecinas o lejanas, las carcajadas, los gritos de entusiasmo o de escarnio, las mentadas de madre y otras blasfemias.*

zapatos: abiertos, con hoyos en la suela. Me di coraje, asco". Sintió como si le hubieran dado un porrazo en la cabeza. Arrojó la colilla lejos, se puso de pie, decidido, y fue con mi abuela. "Le pedí que me lavara la ropa —pues nomás tenía una camisa y un pantalón— para ir a buscar trabajo. Me respondió que ya no me creía nada, que me lavara la ropa yo y que desapareciera de su vista." Así, el viejo entonces joven lavó su ropa y al otro día salió temprano en pos de empleo. No sé si a la primera o a la décima, pero encontró: ayudante de contador en una agencia automotriz. Ganaría ocho pesos a la semana (era 1953). Su vida iba a dar un giro. No obstante, el tercer día de trabajo se levantó temprano, se arregló y salió... rumbo al billar. El vicio volvía a jalarlo. Sentía necesidad de estar en el salón, de sumergirse en el ambiente. "Me quedaba, aun sin jugar. Nadie quería retarme porque les ganaba, pero no me podía ir." Días después de nuevo tuvo asco y rabia contra sí. Se volvió a levantar temprano, se vistió, pero esta vez en lugar de ir al salón fue a la agencia automotriz a recuperar su empleo. El gerente estuvo a punto de decirle que se largara, pero ante sus súplicas y promesas accedió a contratarlo como lavacoches, con un sueldo de tres pesos a la semana. Aceptó. Se quedó y comenzó a olvidar el vicio. Con el tiempo, al ver que no volvía a faltar, lo ascendieron al puesto que le habían dado antes, ayudante de contador.

Nunca lo vi jugar, aunque lo siguió haciendo de tanto en tanto. Lo que sí recuerdo es que durante mi infancia —eran los años setenta— nos sentábamos frente al televisor a ver los campeonatos mundiales de billar. Carambola a tres bandas. No olvido a los jugadores, elegantes, concentrados, contemplando la posición de las bolas sobre el tapete verde mientras frotaban el cubo de tiza en la punta del taco. Había participantes de muchas partes del mundo pero, al menos en los que me tocó presenciar, siempre ganaba un mexicano: Gabriel Fernández. ¿Será que, para que México destaque, debe competir en puros deportes de vagos? Delgado, de ademanes suaves, nariz aguileña, medio calvo y con un bigote bien recortado, el maestro Fernández

siempre iba de traje, aunque se quitaba el saco para quedarse en chaleco y tener libertad de movimiento. La voz de quien narraba los encuentros —¿el Mago Septién?— era modulada, lenta, respetuosa, sólo se emocionaba (y nos emocionaba) cuando Gabriel Fernández conseguía una carambola imposible. Esos campeonatos televisados nos colmaban de orgullo a mi padre y a mí, sobre todo si tomamos en cuenta los paupérrimos resultados de nuestra selección de fútbol por aquel entonces que, si no era eliminada antes del mundial, terminaba en el último lugar. Al ver brillar a Gabriel Fernández en el paño verde sentíamos que México era el mejor del mundo, aunque fuera en un deporte-vicio.

Tendría once años la primera vez que estuve cerca de una mesa donde los jugadores golpeaban las bolas con tacos. Fue en el casino de Linares (nunca he sabido por qué se les llama "casinos" a los centros sociales para gente de dinero). Aunque ya radicábamos en Monterrey, habíamos vivido seis años en esa ciudad y en vacaciones o días feriados volvíamos allí a visitar a los amigos de la familia. Había, por tanto, mucho tiempo libre y escasas opciones de diversión, por lo que terminábamos en el casino con adolescentes mayores que pasaban el tiempo en torno de las mesas. A los más chicos no nos dejaban jugar, a menos que los grandes se aburrieran y se fueran, pero podíamos aprender observando. Desde entonces me fascinó ver de cerca las caras de seriedad de los jugadores al calcular el tiro, el humo de los cigarros que parecía envolverlo todo, las leperadas con que se comunicaban, las burlas ante los tiros fallidos y las pifias. Fue entonces cuando experimenté el peso del taco en las manos, ensayé mis primeros lances de esgrima sobre el paño, sentí el impacto con la bola que dejaba vibrando la madera y escuché con placer el siseo de la tiza al embarrarse en la baqueta de la punta. Sin embargo, jugué muy poco, pues en cuanto los meseros veían que un puberto se inclinaba sobre la mesa, corrían a arrebatarle el taco de las manos porque "podían dañar el paño".

Sólo quien ha estado inmerso en la atmósfera del salón de billar puede comprender esa magia que hechiza a mirones y jugadores, no importa si ganan o pierden, si son billaristas consumados o aprendices, si se inclinan por el pool o la carambola. Los chasquidos de las bolas chocando en mesas vecinas o lejanas, las carcajadas, los gritos de entusiasmo o de escarnio, las mentadas de madre y otras blasfemias. El apiñarse de los mirones alrededor de la mesa para ver de cerca una jugada decisiva. Los desplazamientos de los meseros con charolas llenas de tragos y cervezas. El sonido bofo de las buchacas al devorar las pesadas esferas de marfil. Los estantes donde se colocan los tacos, siempre con los pandos que nadie quiere usar. Las transacciones clandestinas de apuestas, drogas y cosas peores. Los olores a sudor, pinol, tiza, creolina, alcohol, tabaco y orines que se mezclan en un solo efluvio constante. Los cordeles dentados, colgantes, donde se anotan los puntos de las carambolas. Las discusiones a punto de los golpes. O los golpes, ya sean a puño limpio o utilizando el taco a manera de porra, patadas y botellazos, cuando se arma la bronca en grande y las

pesadas bolas vuelan en busca de costillas, espaldas y cabezas hasta dejar el paño lleno de gotas de sangre y uno que otro diente.

Si bien en los campeonatos televisados, donde el maestro Gabriel Fernández entusiasmaba al país, y en el casino de Linares el ambiente era sobrio y pulcro, bien iluminado y el aire más o menos transparente; la madera de las mesas lucía brillante y fina y los paños eran de un verde profundo, terso, nuevecito, con mi llegada a la adolescencia al fin pude conocer esos billares-cantina donde la gente común acostumbra gastar dinero, tiempo y energía, a veces hasta agotarlos. Billares como los que recordaba mi padre. Fue en la frontera, en Nuevo Laredo, donde su trabajo en un banco había llevado a vivir a la familia. Yo estudiaba secundaria en un plantel federal, en el turno vespertino, es decir, lleno de fósiles, de malandros, donde lo que hoy se llama *bullying* era la costumbre y uso y para sobrevivir había que mimetizarse con los demás, lucir peligroso y actuar como buscableitos. El grupo de compañeros con los que me juntaba faltaba a clases seguido. Sí entrábamos a la escuela, pero estando ahí decidíamos saltarnos la barda trasera para "hacernos la perra", como se le decía. Comenzamos a ir a los billares. Tal vez porque varios teníamos ya bigote, los encargados nos dejaban entrar, y además jugar, mientras pagáramos, sin que importaran nuestros uniformes color caqui. A los demás comensales, borrachos o demasiado atentos a su juego, tampoco les importaba nuestra presencia. Entonces aprendimos a jugar. Y lo hacíamos bien.

Para quien se halla junto a una mesa de billar, con un taco en la mano, un cigarro en la boca, el pubis pegado a una de las barandas, el universo se concentra en su totalidad en las evoluciones de las bolas encima del paño verde. En el pool —lo que no ocurre en la carambola—, la fracción de segundo en que la blanca choca con el triángulo, lo dispersa y las marfileñas esferas de colores salen disparadas hacia todos lados, inaugurando una suerte de caos momentáneo, es el inicio del tiempo y de las cosas. Un pequeño *big-bang*. A partir de ese instante lo que está alrededor desaparece. Las miradas siguen con atención el movimiento múltiple que poco a poco comienza a perder el impulso del golpe inicial para detenerse en el sitio que el azar ha establecido. Enseguida, tras un silencio corto y concentrado, el jugador en turno da una fumada a su cigarro, talla el cubo de tiza en la punta de su instrumento, respira hondo y elige la bola que presenta un mejor ángulo para ser golpeada por la blanca. Se inclina sobre la mesa, a veces casi hasta olisquear el paño, apoya en él una mano cruzando los dedos para erigir un soporte, apunta y tira. Entre o no la bola elegida en la buchaca, conforme el juego transcurre el caos se va alineando, es decir, desaparece para dar paso a un orden donde, si bien el azar con sus leyes absurdas aún tiene intervenciones decisivas, la voluntad y la destreza humanas influyen cada vez más hasta convertirse en dominantes. Es como una metáfora del tiempo, del mundo, de la evolución. Tal vez en ello radica la seducción del juego.

Al volverse uno habitual de los billares, sobre todo los marginales, los *underground*, aquellos que parecen nido de malvivientes o refugio de los que no tienen nada ni a nadie, se comienza a comprender la pro-

cupación de los padres cuando sus hijos los frecuentan. En muchos de estos salones las actividades ilícitas se llevan a cabo a la vista de todos. No sólo el alcohol fluye con naturalidad, también drogas y billetes cambian de manos sin disimulo. Se ejerce la prostitución, se cruzan apuestas. Hay golpizas, batallas campales, incluso una que otra muerte. Cuando comencé a ir, se prohibía la entrada a las mujeres, o simplemente no iban, salvo algunas prostitutas que buscaban cliente o de perdido quién les invitara un trago. Era un espacio cien por ciento masculino. Un lugar de machos. No era raro ver a un borracho llorando por un amor perdido o a otro sufriendo a moco tendido la muerte de su madre o su amante, en confianza, a resguardo de miradas femeninas que los avergonzaran. También en eso radicaba su encanto. Eran otros tiempos. Además, su fuerza gravitacional es tan fuerte que los habituales por lo regular continúan siéndolo hasta sus años postreros. Otros, que se alejaron de ellos, regresan al final, incluso a morir, como si se tratara de algo parecido a un cementerio de elefantes. Recuerdo, por ejemplo, historias de boxeadores que, ya con el cerebro estropeado por los golpes, deambulaban por un billar, ejercían de barrenderos o mandaderos en él y dormían en las mesas después del cierre, como el legendario Pajarito Moreno, quien acabó así sus días en un billar de Zacatecas.

No obstante haber sido un jugador apasionado, un habitual del ambiente durante la adolescencia y los primeros años de la juventud, me fui alejando sin sentir tanto de los salones como del billar, al grado de no recordar cuándo competí con constancia por última vez. Claro, en décadas recientes he jugado algunas veces, sobre todo en casas particulares, con amigos a quienes no les gusta codearse con la fauna pesada y optaron por hacerse de una mesa propia. Acaso también este alejamiento inconsciente, como antes el gusto, tiene su origen en la genética y no he hecho sino repetir los pasos de mi padre, quien decidió concentrarse en asuntos que consideraba de mayor importancia. Me he alejado, pero en mi cerebro de vez en vez se escucha aún el entrechocar de las bolas y, sobre todo, recuerdo con intensidad esa emoción que se siente al estar, con la mesa casi vacía, a solas con el ocho negro, cuando de un solo tiro dependen la derrota o la victoria.

Tiene que ser esa la razón por la que en mis primeros intentos como narrador siempre tuvieron un papel protagónico la atmósfera, la gente y las sensaciones propias de los salones de billar. Y debe ser por lo mismo que ciertas veces me pregunto si también algún día volveré a sucumbir al atractivo de los billares y terminaré mis días en esa suerte de cementerio de elefantes al que tantos regresan, si es que mi miopía cada vez más acentuada no me impide jugar de nuevo como lo hacía antes. Cultural o biológica, la pasión por el billar, un tanto en suspenso por ahora, me hace sentir una permanente nostalgia por el último golpe al ocho negro, y en ocasiones hasta soñar con ese trueno, esa explosión que despedaza el triángulo de bolas de colores y marca el inicio del tiempo y de todas las cosas. •